

Representación política en la Argentina de fin de siglo¹

Juan José Fernández Dusso

Introducción

El presente trabajo parte de la necesidad de comprender las dinámicas propias de la representación y la participación política en Argentina, particularmente durante las dos primeras décadas posteriores al retorno de la democracia, y los retos que la complejidad del período imponen para la democracia en el nuevo siglo. Lo anterior bajo la consideración de que es impensable construir una comprensión de la representación democrática sin tener en consideración un marco de análisis de la política en el que profundos cambios sociales y diversas formas modernas de participación estén consideradas.

Como lo indica Rapoport (2009) en su *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*, transformaciones significativas en la estructura socioeconómica argentina modificaron sustancialmente al movimiento sindical argentino:

Las transformaciones ocurridas en el seno de la clase trabajadora —desde mediados de los años 70— habían producido cambios en el movimiento sindical. El peso relativo del sindicalismo en la sociedad empezó a disminuir. Los cambios en la estructura productiva, particularmente en el sector

¹ Una primera versión de este breve texto fue escrita en el marco de un seminario realizado en la Universidad Torcuato Di Tella sobre “Movimientos sociales y grupos de interés en Argentina”, en Buenos Aires, a mediados de 2010. Es parte constitutiva de un proyecto de investigación sobre representación política en la región.

industrial, afectaron la estructura ocupacional, provocando la pérdida de importancia de los grandes gremios industriales. Al mismo tiempo, se aceleró la terciarización del empleo, la expansión de la ocupación en el sector público y el incremento del “cuentapropismo”. La hegemonía de los gremios industriales sobre el movimiento sindical fue desdibujándose, acompañada por la fragmentación del sindicalismo (2009).

Paralelamente, nuevas formas de organización popular fueron articulándose en función de estos cambios y, así mismo, de las dinámicas propias de la arena política. Es a partir de aquí que este trabajo pretende destacar rasgos generales de la reconfiguración de lazos entre los dos principales partidos políticos nacionales (representantes) con bases de apoyo coalicional —o *constituencies*— (representados), a lo largo de las décadas de 1980 y 1990, manteniendo en consideración el llamado de Peruzzotti (2010) a atender dos elementos fundamentales para una comprensión más completa de la democracia representativa como *política mediada*: (i) la necesidad de entender la representación democrática como relación bidireccional entre representados y representantes, y (ii) la necesidad de reconocer la existencia de dimensiones paralelas de participación y representación política.

El trabajo hará inicialmente una revisión de los elementos centrales del debate sobre representación democrática y la crisis y transformación de los partidos. Posteriormente abordará el caso argentino, a partir de la puesta en escena de estudios sobre partidos políticos, representación y participación política, para entender los elementos centrales del proceso local.

Representación democrática, y crisis y transformación de los partidos políticos: el debate teórico

Para pensar en la existencia de una crisis de partidos, en sus motivos y características, la revisión de la literatura traza dos distintos niveles de análisis, con diversas consideraciones propias dentro de cada uno: un nivel de análisis sistémico y uno de análisis individual. No obstante, ambos se relacionan con elementos relativos a rendimiento, transformación partidaria y vínculo del electorado con partidos. Análisis del asunto desde un nivel sistémico explorarán tres diferentes cuestiones: (i) el debilitamiento de las organizaciones partidarias, (ii) el surgimiento de canales alternativos de participación y representación, (iii) el rol de los nuevos medios de

comunicación como proveedores de información. Por su parte, análisis desde un nivel individual del asunto explorarán dos diferentes posibilidades: (i) el desempeño de los partidos y el rendimiento democrático, (ii) procesos de modernización.²

Panbianco (1982) indica cómo los cambios que han ido experimentando los partidos políticos responden particularmente a dos condiciones externas que afectan a las sociedades occidentales contemporáneas: (i) cambios que alteran la estratificación social por modificaciones de grupos ocupacionales y de características y actitudes culturales de cada grupo, y (ii) cambios tecnológicos que han impulsado la transformación y masificación de medios de comunicación. La primera condición afecta a los partidos, en cuanto modifica la fisonomía del electorado (cada vez más heterogéneo), por lo que los obliga al cambio. La segunda condición los afecta, en cuanto transforma las posibilidades y características de la comunicación propagandística, surgiendo así campañas personalizadas que consolidan fuertes individualidades carismáticas y debilitan el poder de las viejas estructuras burocráticas de los partidos.

Dadas estas dos cuestiones, Panbianco (1982) se refiere a tres funciones características de los partidos (aunque nunca monopolio exclusivo de ellos), para adentrarse en los problemas de su desempeño: (i) una función integradora (o expresiva), que se refiere a la estructuración de “demandas generales” referentes al orden social y político, (ii) una función de selección de candidatos para cargos públicos (formación y suministro de élites gobernantes), (iii) una función de participación en la determinación de políticas de Estado.

Según el autor, la crisis se refleja por un proceso de marginación que viene presentándose, en el que los partidos han perdido su papel en la ejecución de tales funciones. Por una parte, los partidos políticos contemporáneos no contribuyen al establecimiento de ninguna identidad colectiva. Dada la diversificación social y cultural de los distintos grupos sociales, la viabilidad de construcción de una base aglutinada en función de una ideología específica, que sea representada mediante la función integradora (o expresiva) del partido,

² Las referencias bibliográficas utilizadas en este apartado sirven para establecer los elementos centrales del debate. Una revisión más completa sobre el mismo deberá abarcar otros trabajos sobre el problema, considerados aquí por el autor, como pueden ser: Kirchemier (1966), Katz y Mair (1994), Mair (1997), Inglehart (1997), Poguntke (2002), Wolinetz (2007) o Kitschelt y Wilkinson (2007), para nombrar algunos ejemplos relevantes.

es cada vez menor. Por otro lado, el vacío de identidad que se genera da un espacio para la proliferación de organizaciones y estructuras de representación de intereses, que menoscaban la capacidad de los partidos de mantener un rol preponderante en el cumplimiento de las otras dos funciones. Así, los debilitados partidos políticos, incapaces de organizar la representación de identidades colectivas, terminan adentrándose en una competencia directa con grupos de interés de diversa índole, a través de la comunicación y persecución de reivindicaciones particulares que, además, lesionan su estructura organizacional y su eficacia en el proceso de tomas de decisión.

En línea con la proposición sobre cambios socioeconómicos de Panebianco (1982), y desde la perspectiva del desempeño de los partidos y el rendimiento democrático, se encuentra el argumento de Puhle (2007) sobre la debilidad estructural de estas organizaciones:³ las crisis económicas enfrentadas por ellos en la década de los setenta y la reacción de votantes y de los propios partidos a los cambios derivados de los dos factores anteriores, da luces para entender cómo puede buscarse una explicación a la crisis. Puhle (2007) indica cómo durante la década de 1970, sumada a la debilidad estructural de los partidos, la crisis económica estableció los costos y límites de la fuente principal de legitimación de ellos: las políticas distributivas de bienestar. Los efectos de la crisis y los primeros pasos de internacionalización de la economía fueron elementos clave, afirma el autor, en la deslegitimación del Estado de bienestar y las políticas económicas intervencionistas. Con esto, los partidos empezaron a perder relevancia al tiempo que movimientos sociales ganaron un peso sustantivo alrededor del asunto sobre la opinión pública.

Los resultados, según Puhle (2007), son sin embargo heterogéneos: a pesar de que aumentó la volatilidad electoral y disminuyeron la identificación partidaria, el peso de programas e ideología, y la participación y el apoyo electoral, el “núcleo duro” del sistema de partidos se ha mantenido estable, el clivaje izquierda-derecha permaneció dentro los sistemas políticos actuales, la injerencia de los partidos en el ámbito de la política estatal es todavía directa y evidente.

Finalmente, el trabajo de Dalton, McAllister y Wattenberg (2002) es un ejemplo de una explicación de la crisis de partidos a partir de la teoría de la modernización.

³ De nuevo, Puhle (2007) indica cómo la debilidad estructural de los partidos se reconoce en cuanto *es débil en su capacidad integradora, en la articulación de políticas públicas, en el liderazgo y, por tanto, en la capacidad de mantener apoyo estable.*

Según los autores, los vínculos entre partidos y electorado se han erosionado como consecuencia de la modernización política y social, particularmente refiriéndose al caso de sociedades industriales avanzadas. Dos argumentos sostienen esta hipótesis: (i) mayores niveles de educación aumentan los recursos políticos y cognitivos promedio de la población que, junto a mayor información sobre el ámbito político y un mayor interés cultivado a través de esa formación, conduce a una menor necesidad de recurrir a los partidos políticos para dar cuenta de la política, y (ii) el aumento de los medios de comunicación masivos y de los grupos de interés ha disminuido la relevancia de los partidos políticos como fuente de información y medios de articulación, mientras que —además— los partidos políticos paralelamente han transformado sus estrategias de comunicación enfocándose en el poder carismático de sus líderes y relegando la comunicación enfocada en el partido.

En la revisión de la literatura mencionada sobre crisis y transformación de partidos está presente, no obstante, la idea de que el fenómeno responde al debilitamiento y cambio de formas de representación y participación democrática de un canal particular. El llamamiento de esta literatura a reconocer canales de información y mediación alternativos, así como avigoradas formas de participación, da paso para considerar la proposición de Peruzzotti (2010) sobre una *política mediada* en la que se consolida una multiplicidad de formas asociativas para la expresión de diversas agrupaciones sociales.

La revisión del caso argentino pretende reconocer (i) la transformación de una estrategia de construcción y mantenimiento coalicional por parte de los principales partidos nacionales en función de transformaciones sociales densas y demandas devenidas de ellas, y (ii) los resultados generales de una estrategia incompleta, incapaz de solventar distanciamientos crecientes entre sociedad civil y sociedad política nacionales.

El caso argentino

Partidos y competencia: construcción y mantenimiento coalicional, en función de transformaciones y demandas sociales

Durante la segunda mitad del siglo veinte, el sistema de partidos de Argentina estuvo caracterizado por dos coaliciones políticas lideradas por la Unión Cívica Radical (UCR) y el Partido Justicialista (PJ). Desde sus orígenes, la UCR se instituyó como un partido de centro, cuya base electoral constitutiva fueron sectores medios y urbanos. El PJ estuvo caracterizado desde sus orígenes por dos coaliciones distintas; la primera alimentada de una mística obrerista y redistributiva en la región metropolitana, la segunda, de corte conservador y surgida a partir de alianzas políticas en las provincias pequeñas y medianas (Calvo y Murillo, 2008).

Ante la derrota del peronismo en la lucha por la presidencia en 1983, voces disidentes empezaron a hacerse más fuertes. El Partido había diseñado una campaña dirigida a los votantes peronistas de la clase obrera y la clase baja. La campaña, conducida en buena medida por los sindicatos, dio vía libre al radicalismo para que, con un discurso renovador que apelaba a la transformación democrática y a la defensa de los derechos humanos, cautivara a una importante porción de la clase media y del electorado independiente. A esta derrota se sumaría, un par de años más tarde, la padecida en las elecciones legislativas, de nuevo frente a la UCR y los votos de la clase media e independiente nacional.

La coalición del Partido Peronista había sufrido cambios fundamentales durante los últimos años; tanto en las elecciones presidenciales de 1983, como en las legislativas de 1985, el Partido Justicialista⁴ se había encontrado con un fenómeno propio de las transformaciones económicas recientes: la decadencia de la producción industrial en masa, acompañada de la expansión de los sectores terciario e informal, debilitó a los movimientos sindicales. Su capacidad para aportar votos, recursos financieros, coordinación social (elementos fundamentales del intercambio político entre estos movimientos y sus partidos), se había venido a menos. Entre tanto, lo que se encontraba eran electorados “post-industriales” reconfigurados, caracterizados por identidades débiles (clasistas, partidarias) y comportamientos electorales independientes⁵.

⁴ De ahora en adelante PJ.

⁵ Levitsky (2004) indica cómo los partidos políticos de base sindical enfrentaron un doble desafío durante las décadas de 1980 y 1990: uno de tipo programático, otro relacionado con el vínculo entre partido y coaliciones.

La fuerza laboral se había fragmentado: por una parte, estaban aquellos sectores pertenecientes a una clase media mejor formada (*white-collar workers*); por otra, en proporción mayoritaria, aquellos sectores que se vieron relegados al ámbito de la ocupación urbana informal. Así las cosas, debilitadas las organizaciones clasistas y desdibujadas las identidades, el PJ se encontró con electorados sin contacto con los sindicatos, sin identidades colectivas maleables, difíciles de organizar.

Ante esta circunstancia, una estrategia podía ser reemplazar los vínculos clasistas o corporativistas con los que el partido se relacionaba con el electorado, por vínculos clientelistas que conservaran y atrajeran partidarios. Esto parecía imprescindible para conquistar nuevas porciones de un electorado transformado. Pero dos elementos clave para la consecución del objetivo podrían constituirse en impedimento: el nivel de rigidez del vínculo entre el partido y los sindicatos, y la disponibilidad de recursos financieros discrecionales.

Para las elecciones de 1987, el PJ había logrado una nueva ventaja (Persello, 2007). La discusión dentro del radicalismo con respecto a los desfavorables resultados de las elecciones giró, matices aparte, en torno a dos grandes cuestiones: la situación económica del país (responsabilidad que caía sobre su gobierno), y el alineamiento e inestabilidad interna (responsabilidad que caía sobre el partido).

Sin descartar su injerencia en el resultado electoral, dejaremos estas consideraciones aparte (así como también aquellas que tengan que ver con estrategias de comunicación y diseños programáticos del radicalismo y del PJ, entre otras) para enfocarnos en la variable que para el caso nos respecta: el peronismo parecía estar recomponiendo su base electoral a partir de la nueva estrategia de lazos clientelistas.

Si bien los sindicatos siempre tuvieron un papel importante dentro del partido, carecían de una estructura formal de representación dentro del mismo y las reglas de juego que determinaban su participación (cargos e injerencia) nunca estuvieron bien definidas. Eran, además, con frecuencia cuestionadas. Esto hizo que los vínculos entre el PJ y los sindicatos fueran vulnerables a las variaciones producidas dentro del peronismo en la distribución del poder.⁶

⁶ Como explica Levitsky (2005), con anterioridad a 1983, los vínculos partido-sindicatos dentro del peronismo se fundaban en dos mecanismos informales: las presencia de “las 62” (organizaciones sindicales) y el sistema del “tercio”. “Las 62” funcionaban como el principal grupo representativo de los sindicatos dentro de la conducción peronista. Durante las décadas de 1960 y 1970 fueron consideradas como la “rama sindical” del peronismo. Pero su papel nunca se institucionalizó. El sistema del “tercio”, por su parte, provenía

Con los peronistas renovadores en el poder, el nuevo poder partidista confluó en torno a dos objetivos centrales: ampliar los alcances electorales del partido, atrayendo a sectores de la clase media y a independientes, e imponer en el partido la democracia interna, reemplazando el sistema corporativista del tercio por elecciones directas de los dirigentes y candidatos.

La nueva fuerza dominante del partido y la informalidad y casi inexistente institucionalización de la participación del sindicalismo dentro de la organización partidaria (un sindicalismo además deteriorado por la inmensa reducción de su membresía y su empobrecido potencial de movilización) fueron el primer elemento que le permitió a *La Renovación* la reconfiguración interna del partido, el acercamiento a una nueva coalición electoral necesaria (a constituirse estratégicamente con votantes de la clase media e independientes de los grandes centros metropolitanos y con su base tradicional entre los pobres y en las provincias periféricas), y en otra instancia la modificación de ciertos aspectos de su línea programática.⁷

Otro elemento más daría al partido la capacidad para transformar su relación con el electorado, fundamentándose en la práctica del clientelismo:

La capacidad de los renovadores para alcanzar estas metas tenía su origen en un cambio fundamental producido en la distribución de recursos entre los políticos del PJ y los sindicatos. Durante la dictadura de 1976-83, los peronistas habían dependido mucho de los recursos sindicales y en la campaña electoral los sindicatos fueron su fuente primordial de recursos económicos y organizativos. Sin embargo, cuando en 1983 algunos dirigentes justicialistas llegaron al poder, reemplazaron los recursos sindicales por los del Estado. Utilizando sus cargos públicos para cimentar alianzas con los activistas barriales o zonales (los “punteros”), estos políticos fueron edificando las llamadas “agrupaciones”, redes de apoyo informales que operaban al margen de los sindicatos gracias al patronazgo (Levitsky, 2004).

de la tradición corporativista del peronismo, según la cual para los puestos de conducción y las candidaturas del partido había que tener en cuenta a las ramas “política”, “femenina” y “sindical”, por partes iguales. Pero nunca se incluyó a este sistema en los estatutos del partido ni se lo aplicó de manera sistemática.

⁷ Particularmente en materia económica, aunque el cambio fundamental en esta línea vendría tras la imposición de Carlos S. Menem como presidente de la Argentina (paradójicamente el candidato presidencial del peronismo que en campaña se apartaría de las líneas de la renovación para encontrar eco en los sectores ortodoxos del partido y en la dirigencia tradicional sindicalista).

Las dinámicas del clientelismo pueden encontrarse tanto en la actividad del PJ, como en la del partido radical. Los trabajos de Calvo y Murillo (2008), y de Brusco, Nazareno y Stokes (2004, 2006), permiten ver cómo desde distintos flancos ambos partidos trataron de hacer uso de recursos discrecionales para tomar ventaja frente a la competencia en función de expectativas electorales. Uno con mejores resultados que el otro.

Como indican Calvo y Murillo (2008), hasta 1983, la combinación de bajos niveles de competencia efectiva y la inestabilidad política impidieron que cualquiera de estos dos partidos pudiera establecer estrategias distributivas particulares. Sin embargo, a partir de entonces las condiciones democráticas de competencia político-partidaria abrían el camino para la implementación de nuevas formas de relación entre partidos y coaliciones electorales, evidenciándose una particular ventaja del PJ sobre la UCR por cuanto alcanzó durante la nueva democracia (sobre todo desde 1987) mayoría en distintas instancias representativas y así mayor acceso y control sobre recursos fiscales.

El peronismo fue adquiriendo la capacidad para controlar un importante flujo de recursos fiscales, que le permitió abastecer a su base electoral tradicional e incluso procurar acercarse a votantes marginales (Calvo y Murillo, 2008), como se verá en uno de los casos revisados por Brusco, Nazareno y Stokes (2004, 2006):

El trabajo de estos autores analiza el caso del gasto público local y el proveniente del Plan Trabajar para entender cómo funcionaron las estrategias de patronazgo político de ambos partidos y qué réditos les trajeron. En cuanto al gasto público local, afirman que durante la década de 1990, en el ámbito local, lo que ambos partidos hicieron con mayor intensidad fue procurarse el favor del votante marginal en lugares donde habían ganado las elecciones anteriores, o donde estimaban que iban a ganar las próximas pero con poco margen.⁸ Sin embargo, admiten que muchas veces los votantes no respondieron

⁸ En Brusco, Nazareno y Stokes (2004, 2006): El debate teórico en torno de la manipulación de los recursos públicos se centra en qué tipo de votante priorizan los partidos políticos cuando distribuyen bienes. ¿Priorizan al votante marginal (swing), el que se siente, por motivos ideológicos o programáticos, indiferente entre apoyar uno u otro candidato y cuyo voto está más predispuesto a “venderse” por un beneficio material? ¿Lo priorizan al votante leal, uno que está dispuesto ideológicamente a apoyar al partido benefactor? A diferencia del reparto hacia los votantes o distritos marginales, aquí la lógica es que, si existe incertidumbre sobre el impacto del reparto en el voto del individuo o distrito, la probabilidad de que la distribución rinda resultados positivos es mayor entre los votantes leales. Pero, en la realidad, los partidos políticos muchas veces combinan estas estrategias. Si bien es

al patronazgo con apoyo electoral, y que a veces el patronazgo tuvo incluso el efecto contrario.⁹

En el caso del Plan Trabajar, sin embargo, los investigadores encuentran que sí produjo efectos electorales a nivel local. En un comienzo, y a pesar de que en el nivel nacional el director del programa fuera el PJ, mientras mayor fue la cantidad de fondos que llegaron a los municipios radicales, mayor fue la cantidad de votos que recibió el radicalismo y viceversa. Pero se encontraron también indicios de discriminación por parte del gobierno peronista central a favor de municipalidades en manos de ese mismo partido, e indicios de que el PJ podría haber tratado de recuperar su ascendencia en los municipios radicales con los gastos del Plan.

El trabajo de los autores permite encontrar elementos que confirman la presencia de una nueva relación entre partidos y coaliciones electorales en función del clientelismo, que además llegaría a ser conducente a la reconfiguración de la coalición electoral justicialista y, si se entiende el propósito del justicialismo de establecer un nuevo esquema de acercamiento con su base electoral y de expandirla hacia sectores poblacionales de la clase media metropolitana, de la coalición electoral radical también. Así, el trabajo de los autores permite reconocer un papel activo de los agentes representados, que se constituye en elemento fundamental del diseño estratégico partidario para alcanzar resultados electorales favorables.

Pero las relaciones políticas entre representantes y representados no se adscribieron únicamente al intercambio clientelar de votos por favores. Como afirma Peruzzotti (2004), cambios en la cultura política nacional *se tradujeron en una actitud electoral y cívica más crítica hacia los representados y las instituciones representativas: los representados dejaron de ser sujetos pasivos y pasaron a asumir un papel activo de monitoreo de las acciones y decisiones gubernamentales.*

Así como los resultados electorales, entonces, el mantenimiento de la gobernabilidad es consideración fundamental en el trazado de una estrategia partidaria. Cabe resaltar aquí como ejemplo un aparte del trabajo de Lodola

cierto que beneficiar a los votantes leales es una estrategia de menor riesgo, esta no es viable si los votantes leales no son suficientes para asegurar el triunfo. Sobre esto ver también Auyero (2001).

⁹ La movilización por vía de la particularización de recursos públicos puede reforzar el apoyo entre algunos sectores, pero también puede reducir el apoyo entre otros (movilización negativa). Al desplazarse hacia el centro ideológico en búsqueda de votos, explican los autores, un partido puede esperar no solo agregar apoyo de los votantes ubicados en el medio de la distribución, sino también perder a los votantes ubicados en el extremo “abandonado”. Esta puede ser una de las explicaciones.

(2005), para traer a consideración la incidencia de la activa y —además— continua participación de representados en la dinámica política: en el caso de demandas sociales, Lodola afirma cómo el gobierno de Menem se dio a la tarea de impulsar el Plan Trabajar, con el fin de dar respuesta a significativos problemas de desempleo y de creciente movilización social:

Al mismo tiempo, la evidencia sobre el efecto de la política partidaria sugiere que el mero análisis de la eficacia del gasto social para aliviar o neutralizar los costos distributivos de la transformación económica es insuficiente. Claramente, esta no fue la única preocupación que alentó la puesta en práctica del Plan Trabajar ni el único factor que definió quién obtuvo qué. Muy por el contrario, también existieron otras razones como contener el conflicto social, construir redes clientelares a nivel subnacional y promover el intercambio político entre oficialismo y oposición para asegurar que esta última apoyara iniciativas claves del oficialismo (2005).

Por otro lado, así como las redes clientelares tuvieron relevancia en la construcción de relaciones de representación, otras dimensiones de participación, en este caso críticas e independientes, tuvieron incidencia sobre el desempeño político de los partidos. Y es este un punto clave para entender los resultados generales de una estrategia incompleta, incapaz de solventar distanciamientos crecientes entre sociedad civil y sociedad política nacionales. En relación a esto, Peruzzotti se permite afirmar que:

A pesar de que ambos partidos mantienen cierto porcentaje de electores cautivos (Torre, 2003), son los resultados de las políticas, el desempeño gubernamental, la apertura a temas y demandas presentados por los medios de comunicación, y los movimientos sociales o públicos independientes en la agenda pública, los que determinarán el destino de los gobiernos y de los funcionarios políticos (2004).

Sociedad civil y sociedad política: los elementos deficientes de una estrategia

Los aparatos clientelistas que predominaron en las provincias periféricas controladas por el peronismo parecieron haber resultado siendo una suerte de modelo incorporado a sectores metropolitanos, alguna vez controlados (en sus sectores poblacionales pobres y trabajadores) por el peronismo mediante la poderosa estructura sindicalista que lo acompañaba. La nueva estrategia y el control

mayoritario de recursos fiscales, en contraposición al caso del radicalismo, le permitió al PJ mantener el acceso a una porción electoralmente relevante de su base electoral fundamental y expandirla hacia sectores que tradicionalmente, incluso hasta las elecciones de 1983 y 1985, fueron más cercanos a la UCR.

Sin embargo, el estallido de una crisis de representatividad política a finales de la década de 1990 e inicios de 2000, despertó inquietudes sobre la viabilidad del modelo para ambos partidos. La hostilidad de las revueltas contra los partidos políticos argentinos fue más pronunciada en los sectores medios no peronistas. Pero la crisis amenazó también al peronismo: debilitó sus vínculos con sectores del electorado urbano de clase media a los que había llegado en los años precedentes y demostró que su capacidad para llegar a representar los intereses de las clases obrera y pobre se ha visto disminuida.¹⁰

La emergencia de un electorado más sofisticado, a partir de un proceso de aprendizaje político motivado por la política de derechos humanos de la década de 1980, argumenta Peruzzotti (2004), generó una transformación en las formas de participación política ciudadana. Por un lado, surgieron comportamientos críticos e independientes sobre la ejecución gubernamental, que sentaron las bases para la rendición de cuentas a partir de condicionamientos electorales¹¹. Por el otro, la rendición de cuentas estuvo condicionada también por lo que Peruzzotti denomina la “política de rendición de cuentas societal”: una forma alternativa de evaluar la responsabilidad —no sólo política sino también— legal de los agentes políticos en función, que encontraría como protagonistas principales a ONG’s y movimientos sociales de distinto orden, así como a las nuevas formas de periodismo crítico impulsadas por los medios de comunicación.

Como lo señala Peruzzotti (2004), la expansión del *swing vote* evidenciada con el advenimiento de la democracia en los ochenta, en contraposición al debilitamiento del hasta entonces mayoritariamente voto nacional cautivo, fue resultado de un proceso de autonomía de la sociedad civil con respecto a la sociedad política, que

¹⁰ Ver: Adrogué (1995), Delamata (2002), Svampa y Pereyra (2004), Auyero (2002), Lodola (2005), Novaro (2008), entre otros.

¹¹ Prevalciendo la noción de representación bajo redición de cuentas, antes que bajo autorización, tal como hubiese prevalcido en períodos de democracia anteriores a su renacimiento en la década de 1980 (Peruzzotti, 2004).

consolidó a una fuerza electoral crítica e independiente capaz de establecer premios y castigos en función del desempeño público de los actores políticos.

La incapacidad de consolidar una transformación más profunda dentro de los principales partidos políticos nacionales,¹² ante la efectiva y predominante obtención de resultados electorales favorables del PJ, se vio evidenciada en el mantenimiento de fuertes lazos y políticas clientelistas por parte de los bloques, así como en el incremento de nuevas fuerzas políticas y votos independientes, y en la configuración de agentes societarios de rendición de cuentas que generaron movilizaciones importantes a lo largo de los últimos años del período.

Conclusiones

A lo largo del documento se han destacado los rasgos generales de la reconfiguración de lazos entre los dos principales partidos políticos nacionales y las bases de apoyo coalicional —o *constituencies*—, reconociendo (i) la transformación de una estrategia de construcción y mantenimiento coalicional por parte de los principales partidos nacionales en función de transformaciones sociales densas y demandas devenidas de ellas, y (ii) los resultados generales de una estrategia incompleta, incapaz de solventar distanciamientos crecientes entre sociedad civil y sociedad política nacionales.

En primera instancia, en concordancia con proposiciones de Panebianco (1982), Puhle (2007) y Levitsky (2004, 2005), se reconoce que políticas públicas nacionales (macroeconómicas, particularmente) alteraron la estratificación social por modificaciones de grupos ocupacionales y de sus características, así como las actitudes culturales de cada grupo. En consecuencia, los principales partidos políticos argentinos recurrieron a nuevas estrategias de construcción y mantenimiento coalicional, que permitieran mantener el acceso a una porción electoralmente relevante de su base fundamental y expandirlo hacia sectores ajenos a ella; primordialmente, concentrándose en una estrategia que hiciera uso de recursos públicos para establecer fuertes redes clientelares.

En segunda instancia, sin embargo, puede reconocerse cómo, en concordancia con Dalton, McAllister y Wattenberg (2002), los vínculos entre partidos y

¹² Frustrada para *La Renovación* en el PJ durante los noventas; inadvertida para un radicalismo empobrecido.

electorado fueron erosionándose como consecuencia de una modernización política y social, entendida como mayores niveles de aprendizaje que aumentan los recursos políticos y cognitivos promedio de la población, y el aumento de medios de comunicación masivos y de grupos de interés como fuente de información y medios de articulación. De aquí, y reconociendo elementos del argumento de Puhle (2007), puede evidenciarse un aumento en la volatilidad electoral y la disminución de la identificación partidaria, del peso de programas e ideología, y de la participación y el apoyo electoral. Y si bien el “núcleo duro” del sistema de partidos se ha mantenido estable, los partidos han encontrado el desafío de lo que Peruzzotti (2004) llama rendición de cuentas electoral y societal.

Siguiendo a Panebianco (1982), vale la pena reconocer que aun ante una estrategia de transformación partidaria más completa, que hubiese procurado la reorganización programática y estructural interna de los partidos (evitando limitarse a la construcción de redes clientelares a partir del uso de recursos públicos), dada la diversificación social y cultural de los distintos grupos sociales, la viabilidad de construcción de bases aglutinadas en función de ideologías específicas, representadas mediante la función integradora de un partido, es cada vez menor. Y consecuentemente, siguiendo a Peruzzotti (2010), es impensable construir una comprensión de la representación democrática sin tener en consideración un marco de análisis de la política mediada en el que las distintas formas modernas de participación y mediación estén consideradas.

No obstante, sobre las particularidades actuales de la participación política articulada a partir de la representación partidaria, y en vista especialmente de las nuevas formas de rendición de cuentas (electoral y societal), cabe plantearse la siguiente pregunta: ¿podrá la dinámica actual entre representantes y representados consolidar un mejor desempeño y una mejor calidad de las organizaciones político-partidarias, o derivará la dinámica de la rendición de cuentas en el fortalecimiento de formas alternativas de participación y representación ante la imposibilidad de una transformación sustancial en la calidad de dichas organizaciones? Trabajos como el de Cheresky (2007), Svampa (2008), Annunziata, Mauro y Slipak (2006), Giarracca, Teubal y Palmesano (2008), o Palermo, Aboud y Musseri (2009), deberán servir como base para construir un análisis que de manera articulada con estudios más recientes sobre partidos

políticos y la representación por esta vía, sirvan para comprender las dinámicas particulares que al respecto han venido presentándose.

Referencias bibliográficas

- Adrogué, G. [1995]. “El Nuevo Sistema Partidario Argentino”, en: *La nueva matriz política argentina*. Acuña, Carlos (comp), Ediciones Nueva Visión. SAIC. Buenos Aires.
- Annunziata, R.; Sebastián, M. y Slipak, D. [2006]. “Blumberg y el Vínculo Representativo”, en: Cheresky, I. (comp.), *Ciudadanía, Sociedad Civil y Participación Política*, Miño y Dávila Editores. Buenos Aires.
- Auyero, J. [2001], *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Manantial. Buenos Aires.
- Auyero, J. [2002], “Los cambios en el repertorio de la protesta social en Argentina”, en: *Desarrollo Económico*, Revista de Ciencias Sociales, 42 (166). Buenos Aires.
- Brusco, V.; Nazareno, M. y Stokes, S. [2004], “Vote Buying in Argentina”, en: *Latin America Research Review*, 39 (2), Latin America Studies Association. University of Texas Press.
- Brusco, V.; Nazareno, M. y Stokes, S. [2006], “Réditos y Peligros Electorales del Gasto Público en la Argentina”, en: *Desarrollo Económico*, Revista de Ciencias Sociales, 46 (181), Buenos Aires.
- Calvo, E. y Murillo, M. V. [2008], “¿Quién reparte? Clientes partidarios en el mercado electoral Argentino”, en: *Desarrollo Económico*, Revista de Ciencias Sociales, 47 (188), Buenos Aires.
- Cheresky, I. [2007], *La Política después de los Partidos*, Prometeo, Buenos Aires.
- Dalton, R., McAllister, I. y Wattenberg, M. [2002], “Political Parties and their publics”, en: Luther, K. y Müller-Rommell, F. (eds.) *Political Parties in the New Europe*, Oxford University Press. New York.
- Delamata, G. [2002], “De los estallidos provinciales a la generalización de la protestas en argentina”, en: *Nueva Sociedad*, 182. Fundación Friedrich Ebert (FES). Buenos Aires.
- Lodola, G. [2005], “Protesta popular y redes clientelares en argentina: el reparto federal del plan trabajar (1996-2001)”, en: *Desarrollo Económico*, Revista de Ciencias Sociales, Vol. 44 No. 165, Buenos Aires.

- Giarracca, N.; Teubal, M. y Palmesano, T. [2008], “Paro agrario: crónica de un conflicto alargado”, en: *Realidad Económica*, 237. IADE. Buenos Aires.
- Inglehart, R. [2007], *Modernization and Post-modernization*. NJ: Princeton University Press. Princeton.
- Katz, R. y Mair, P. [1994], *How Parties Organize: Change and Adaptation in Party Organization in Western Democracies*. Sage. London.
- Kirchheimer, O. [1966], “The Transformation of the Western European Party Systems”, en: J. La Palombray y M. Weiner (eds.), *Political Parties and Political Development*, Princeton University Press.
- Kitschelt, H. y Wilkinson, S. [2007], “Citizen-politician linkage: an introduction”, en: Kitschelt, H. y Wilkinson, S. (eds.), *Patron, clients and Policies*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Levistky, S. [2004], “Del Sindicalismo al clientelismo: la transformación de los vínculos partido-sindicatos en el peronismo, 1983-1999”, en: *Desarrollo Económico*, Revista de Ciencias Sociales, 44 (173), Buenos Aires.
- Levitsky, S. [2005], *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Siglo XXI Editora Iberoamericana. Buenos Aires.
- Mair, P. [1997], *Party System Change*, Oxford University Press. Oxford.
- Novaro, M. [2008], “Derechos humanos y política democrática. La tarea de la historia y de la justicia entre populismo y liberalismo”. Mimeo.
- Palermo, V.; Aboud, L. y Musseri, A. [2009], “La asamblea ciudadana de galeguaychu en el conflicto por las papeleras”, en: *Redes, Santa Cruz do Sul*, 14:1. Brasil.
- Panebianco, A. [1982], *Modelos de Partido*. Alianza. Buenos Aires.
- Persello, A. V. [2007], *Historia del Radicalismo*. Edhasa. Buenos Aires.
- Peruzzotti, E. [2004], “Redefiniendo la representación política: la sociedad civil argentina y el sistema representativo en los noventa,” en: *Política y Gobierno*, 11 (1). México.
- Peruzzotti, E. [2010], “La representación democrática como política mediada”. Mimeo.
- Poguntke, Th. [2002], “Party Organizational Linkages: Parties without firm social roots?”, en: Luther, L. y Müller-Rommell, F. (eds.), *Political Parties in the New Europe*, Oxford University Press. New York.

- Puhle, H. J. [2007], “Crisis y cambio de los partidos catch-all”, en: Montero, J.; Gunther, R. y Linz, L. (eds.), *Partidos políticos: viejos conceptos y nuevos retos*. Editorial Trotta. Madrid.
- Rapoport, M. [2009], *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*. Emecé. Buenos Aires.
- Svampa, M. y Pereyra, S. [2004], *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones de piqueteros*. Biblos. Buenos Aires.
- Svampa, M. [2008], “Argentina: una cartografía de las resistencias (2003-2008)” en: *OSAL*, 24. CLACSO. Argentina.
- Wolinetz, S. [2007], “Más allá del partido catch-all: enfoques para el estudio de los partidos en las democracias contemporáneas”, en: Montero, J.; Gunther, R. y Linz, J. (eds.), *Partidos políticos: viejos conceptos y nuevos retos*. Editorial Trotta. Madrid.